

Poemas

Derek Walcott

POETA Y DRAMATURGO ANTILLANO, Premio Nobel, famoso por su brillante retrato de la cultura caribeña y el ingenio de su lenguaje. Walcott nació en la isla de Santa Lucía en 1930 y estudió en las universidades St. Mary, en Santa Lucía, y West Indies en Jamaica. De 1959 a 1976, Walcott dirigió el Trinidad Theatre Workshop (Taller de Teatro de Trinidad) que puso en escena algunas de sus obras. En 1981, viajó a Estados Unidos y se instaló en Boston (Massachusetts), para dar clases en las universidades de Harvard y Boston. En 1992 ganó el Premio Nobel de Literatura y en 2006 el premio Grizane Cavour. Walcott ha escrito más de quince libros de poesía y cerca de una treintena de obras de

teatro. La mayoría de su obra aborda las experiencias del pueblo caribeño y en algunas, reflexiona sobre su herencia, una mezcla de culturas africana, inglesa y holandesa. Su escritura describe la vida caribeña con bellos detalles, mezclando el inglés con lenguas populares como la criolla. Entre sus libros de poesía destacan *Otra vida* (1973), *Uvas de mar* (1976), *El reino de la manzana estrellada* (1979), *El viajero afortunado* (1981), *Verano* (1984), *El testamento de Arkansas* (1987) y *Omeros* (1990). Su obra de teatro más conocida es *Sueño en la montaña del mono* (1970). Casa del Tiempo difunde en sus páginas tres poemas suyos con motivo de su reciente visita a México en el mes de abril de 2008.

EL AMOR DESPUÉS DEL AMOR

El tiempo vendrá
cuando, con gran alegría,
tú saludarás al tú mismo que llega
a tu puerta, en tu espejo,
y cada uno sonreirá a la bienvenida del otro,
y dirá, siéntate aquí. Come.
Seguirás amando al extraño que fue tú mismo.
Ofrece vino. Ofrece pan. Devuelve tu amor
a ti mismo, al extraño que te amó
toda tu vida, a quien no has conocido
para conocer a otro corazón,
que te conoce de memoria.
Recoge las cartas del escritorio,
las fotografías, las desesperadas líneas,
despega tu imagen del espejo.
Siéntate. Celebra tu vida.

DESENLACE

Yo vivo solo
al borde del agua sin esposa ni hijos.
He girado en torno a muchas posibilidades
para llegar a lo siguiente:

una pequeña casa a la orilla de un agua gris,
con las ventanas siempre abiertas
hacia el mar añejo. No elegimos estas cosas.

Mas somos lo que hemos hecho.
Sufrimos, los años pasan,
dejamos caer el peso pero no nuestra necesidad

de cargar con algo. El amor es una piedra
que se asentó en el fondo del mar
bajo el agua gris. Ahora, ya no le pido nada a

la poesía sino buenos sentimientos,
ni misericordia, ni fama, ni Curación. Mujer silenciosa,
podemos sentarnos a mirar las aguas grises,
y en una vida inmaculada
por la mediocridad y la basura
vivir al modo de las rocas.
Voy a olvidar la sensibilidad,
olvidaré mi talento. Eso será más grande
y más difícil que lo que pasa por ser la vida.

SI ESTUVIESE AQUÍ, EN ESTE CUARTO BLANCO, EN ESTE HOTEL...

Si estuviese aquí, en este cuarto blanco, en este hotel,
cuyas bisagras permanecen calientes, incluso bajo el viento marino,
te repanchigarías, dejado inconsciente por la *hora de siesta*;
no podría levantarte la campana de la resurrección
ni el gong del mar con su retintín plateado, seguirías echado.
Si te tocaran sólo cambiarías esa posición por la de un corredor en el
maratón del sonámbulo. Y te dejaría dormir. Las cosas se
desplomán gradualmente
cuando el despertador, con su batuta de director,
empieza a la una: las reses doblan las rodillas
en los pastos tranquilos, sólo el rabo de la yegua se menea,
dándole con el plumero a las moscas, melones borrachos caen rodando
a las cunetas, y los mosquitos siguen volando en espiral a su paraíso.
Ahora el primer jardinero, bajo el árbol de la sabiduría,
olvida que es Adán. En el aire acostillado
cada parche de sombra se dilata como un oasis
por la fatigada mariposa, una laguna verde para fondear.
Playa blanca abajo, calmada como una frente
que ha sentido el viento, un estatismo sacramental
te traería el sueño, que es la corona del verano,
el sueño que divide sin rencor a sus amantes,
el sudor sin pecado, el horno sin fuego,
el sosiego sin el auto, el agonizante sin miedo,
mientras la tarde retira esas barras de la ventana
que rayaron tu sueño como el de un gatito, o el de un prisionero. •

Versiones de Vicente Araguas / Huerga y Fierro Editores.